LA HOJA DEL ALMANAQUE

COMEDIA EN UN ACTO

DE UN CUENTO DIALOGADO

DE

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

QUE ESCENIFICÓ

VICTOR GABIRONDO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1922



LA HOJA DEL ALMANAQUE

LA HOJA DEL ALMANAQUE

COMEDIA EN UN ACTO

DE UN CUENTO DIALOGADO

DE

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

QUE ESCENIFICÓ

VICTOR GABIRONDO



MADRID

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS

Norte, 21.—Teléfono 17-65 J.

1922

PERSONAJES

Felicidad.—Una señorita, casi niña, rubia y angelical. Acaba de llegar de un convento de monjas. Ingenua y locuaz.

Soledad.—Una buena señora, viuda de un abogado.

Asunción.—Amiga de Felicidad, hermana de

Adela.—Las dos son niñas «bien».

Luis.—Joven, rico. Poeta. De un motivo sentimental ha hecho su romanticsimo la razón única de su existencia. Adora un recuerdo y de él vive, ajeno a todo y a todos.

Don Benigno.—Un viejo jovial y simpático. Padre de Asunción y de Adela y amigo de la familia de Felicidad.

Epoca actual: en Madrid. Derecha e izquierda la del actor.



ACTO ÚNICO

Un gabinete despacho. Puerta al foro, y puertas: una en lateral derecha y otra en lateral izquierda. Esta es la de la habitación de Luis.

En el foro, izquierda, hay una mesa escritorio con libros y papeles. Sobre ella, en la pared, de cara al público, un almanaque que señala la fecha «7 de septiembre de 1920».

Algunas butacas. Una de éstas ha de estar, precisamente, entre la puerta de la alcoba de Luis y la mesa.

Los demás muebles que se crean convenientes. Si se quiere un reloj, que si anda, señalará al empezar la obra las cuatro y media y si no anduviera, las cinco.

ESCENA PRIMERA

FELICIDAD, ASUNCIÓN, ADELA y UNA VOZ DE MUJER, fuera.

(Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Se oye hablar fuera a los personajes. Se supone que Felicidad, Asunción y Adela se despiden de la monja que acompañó a Felicidad a su casa).

Asunción. Dé usted muchos recuerdos a Sor Angustias y a Sor Mercedes, hermanita.

Adela. Y a todas. Dígales usted que nos ha visto.

La voz de mujer. No llore usted, Felicidad. No la olvidaremos.

Felicidad. Adiós.

La voz de mujer. Adiós. Voy a despedirme de su mamá. Que sea usted buena, Felicidad...; que sean ustedes buenas. Y acuérdense de nosotras.

Felicidad. No nos olvidaremos.

Asunción. Adiós.

Adela. Adiós. (Una pausa y entran por el foro Felicidad, Asunción y Adela. La primera se seca las lágrimas).

ESCENA SEGUNDA

FELICIDAD, ASUNCIÓN y ADELA.

Asunción. ¡Uf! ¡Creí que no nos dejaba nunca! ¡Cuánta recomendación!

Adela. Más que para un destino.

Asunción. Todo lo quieren saber. Que si somos formalitas, que si nos acordamos de ellas... Yo por mi parte apenas si tengo tiempo.

Adela. Lo mismo que yo. Esta vida es muy agitada, muy inquieta para perder las horas repasando recuerdos.

Felicidad. ¿Vosotras no os acordáis de las hermanitas?

Asunción. ¡Ah! Ya veremos lo que haces tú dentro de seis meses.

Felicidad. ¿Seis meses? ¿Pero se puede olvidar tan pronto?

Adela. Y antes, mucho antes. En cuanto salgas a los paseos y vayas a los teatros. Tú no sabes que vida es esta.

Asunción. Vienes ahora del colegio. No puedes saber.

Adela. En el colegio no se aprende nada.

Asunción. Nada, chica; se vive inocentemente, con los ojos cerrados. Toda la vida se limita a hacer labores, tocar el piano y leer en francés novelas blancas. (Asunción y Adela, con aire de suficiencia y mucha desenvoltura, pasean, se sientan, prefiriendo siempre los brazos de las sillas y butacas, se acercan a Felicidad, la acarician, etc.).

Adela. Y no es eso.

Felicidad. ¿No?

Asunción. ¡Qué va a ser! Hay otras novelas, en castellano, por supuesto—que es más fácil—, que se entiende mejor; y sobre todo, hay paseos donde te siguen los hombres y te florean.

Adela. ¡Dicen cada cosa! ¿A ti no te han dicho nada los hombres?

Felicidad. Nunca. (Como si recordase de pronto). ¡Ah, sí; el señor Ortiz me decía... (Piensa) Sí; me decía: Eres

una rosa temprana, muy espléndida. (Asunción y Adela se ríen). ¿Por qué os reís?

Asunción. De eso.

Adela. ¿Quién es el señor Ortiz?

Felicidad. Era un amigo de papá; muy viejecito.

Adela. ¡Ah!

Asunción. Nosotras creíamos otra cosa. Eso no tiene importancia.

Adela. No es interesante.

Felicidad. Ya lo sé, pero solo él me lo decía.

Asunción. Ya te lo dirán los jóvenes ahora. Y verás cómo te gusta. Sobre todo si es un militar.

Adela. O un chico bien. Los hay muy elegantes.

Asunción. A mí me gustan más los militares. Con su uniforme, tan vistoso, tan bonito y su aire marcial. Parece que siempre están en el campo de instrucción. Se te acercan (marcando los pasos militarmente). ¡un, dos, tres!, y te dicen: «Es usted más bonita que el tercer entorchado».

Felicidad. ¿Y qué es eso? (Se ríen Asunción y Adela).

Adela. Una flor, tonta.

Asunción. ¡Ay que gracia! ¡No sabe lo que es una flor!

Adela. ¡No lo sabe! (**Palmotean y ríen. Entran por el foro doña Soledad y don Benigno**).

ESCENA TERCERA

Dichas, doña Soledad y don Benigno.

Soledad. ¡Por Dios no gritéis!

D. Benig. ¿Pero qué revolución es esta?

Adela. Nada, papá.

Asunción. Nada. ¡Ay, que tonta! No sabe lo que es una flor.

Adela. Mira, papá; le decimos a esta una flor y no sabe lo que es.

D. Benig. ¿Una flor?

Asunción. Sí, de las que nos dicen los hombres.

D. Benig. ¡Bah! Ya aprenderá.

Soledad. Desgraciadamente.
Felicidad. Sí sé lo que es una flor, pero esa era muy fea.
Asunción. ¡Ah!, pues a mí no me lo parece. Me lo ha dicho esta mañana un teniente de húsares: «Es usted más bonita que el tercer entorchado». Figúrate, papá, el tercer entorchado...
D. Benig. Muy bonito.
Asunción. ¿Verdad que si?
D. Benig. Mucho. Tiene un profundo sentido poético. ¡El tercer entorchado! Pues no es nada para un teniente de veinte años!
Asunción. No los tendría. Era muy jovencito. Me fijé bien. (Va a reunirse con Felicidad y Adela que hace un momento se separaron del grupo).
Adela. Te creemos.
Felicidad. ¿Tú miras a los hombres?
Asunción. ¡Claro! ¿No nos miran ellos a nosotras?
Felicidad. A mí me da mucha vergüenza...
Asunción. (Riéndose). ¡Tú acabas de salir del colegio!
Adela. Claro, acabas de salir del colegio.
Felicidad. Siempre me estáis diciendo que acabo de salir del colegio.
Soledad. (Interviniendo). Porque es verdad, hija mía. Acabas de salir del colegio: es decir, acabas de entrar en la vida. (Transición). Anda, cámbiate de ropa. Guarda ese traje como un recuerdo.
Adela. Te acompañamos.
Asunción. Te vestiremos. En el colegio no se sabe de modas. No se tiene gusto. Espera un poquitín, papá. Nos marcharemos en seguida.
D. Benig. No quiero que vuestra madre se enfade.
Adela. Le diremos que te has entretenido en el casino.
D. Benig. Eso es, cargarme la culpa a mí.
Asunción. (A Felicidad). Te vamos a poner elegantísima, como para que te digan flores. (Hacen mutis por lateral derecha, Felicidad, Asunción y Adela).

ESCENA CUARTA

Doña Soledad y don Benigno.

D. Benig. Son dos diablos, doña Soledad; dos verdaderos demonios. Salen a su madre. Resueltas, atrevidas, modernas.

Soledad. Es la educación actual.

D. Benig. ¡No! Es el carácter, el temperamento, la sangre. Su madre, de joven, era también viva y despierta, bien distinta a mí, que nunca supe correr, ni de chico.

Soledad. Pero supo usted llegar lejos

D. Benig. Yo no; yo no hice nada para ello. Me llevó la vida, que tiene caprichos raros.

Soledad. Muy raros, si.

D. Benig. Es una cosa absurda la vida, doña Soledad; créame, una cosa absurda. No tiene lógica ni sentido común. A unos, a los que son activos e inteligentes, los maltrata o los anula; y a otros, a los que no saben o no quieren realizar un esfuerzo, los acaricia y los mima.

Soledad. Así es, verdaderamente.

D. Benig. Feminismo puro. Sensibilidad de madre. El eterno caso del niño mimado. En la vida social como en la de la familia, existe el «niño de la bola». El que se esfuerza, el que lucha, el que trabaja, revienta; no le dé usted vueltas, revienta como reventó su pobre esposo, y el que se tumba a la bartola, llega más lejos de donde se propuso, como yo. Es axiomático. En la vida, para triunfar, es preciso no hacer nada.

Soledad. Sin embargo, hay que trabajar para vivir, usted lo sabe.

D. Benig. Ahí tiene usted el verdadero origen de todos los males. Trabajar. El que trabaja acorta su existencia y no consigue nada. El dia que la humanidad pueda vivir sin trabajar será feliz...

Soledad. Como mi huésped, por ejemplo.

D. Benig. Eso. Ahí tiene usted un verdadero ideal! Seguramente está durmiendo.

Soledad. Como todos los días, Se levanta al oscurecer, vuelve—no sé a que hora—y duerme, duerme siempre. Es un hombre extraño.

D. Benig. Es un sabio. Sabe que la vida no tiene importancia, que no pasa nada, que nunca pasa nada, y no quiere ver este admiradísimo espectáculo. Y duerme. ¿Qué va a hacer?

Soledad. Despertar, vivir con los ojos abiertos, mirar al mundo, emplear sus energías, hacer algo en fin.

D. Benig. ¿Para qué? ¿Qué ganaba con eso? Sabe que aquí todo es nada y prefiere cerrar los ojos. no prestar atención, desdeñar la farsa, dormir. El que duerme es por lo menos un hombre listo que no se deja timar el interés espiritual por reclamos embusteros. Y se evita el trabajo de abrir los ojos. Y en este caso concreto le evita a usted otros muchos.

Soledad. Verdad.

D. Benig, Tiene usted un huésped que duerme, preferible siempre a los que están despiertos, y mientras le pague, cosa que muchas veces no hacen los otros, porque con sus muchas ocupaciones se distraen...

Soledad. Me paga religiosamente, eso sí. Mi huésped, aunque extraño por su género de vida, en ese extremo es puntual como un reloj. Me paga, y gracias a su ayuda puedo seguir viviendo y he podido terminar la educación de mi hija.

D. Benig. Pues si es exacto en ese importantísimo extremo, basta. Será un huésped extraño como usted dice, pero es ideal.

Soledad. Y tan extraño. Un año lleva en casa, y en los doce meses apenas hemos cambiado doce palabras. Sé que hace versos, porque veo sobre esa mesa unas cuartillas llenas de líneas cor-

tas; sé que tiene dinero, porque viste bien y me paga religiosamente; y sé que no es mudo, porque gruñe un saludo cuando nos encontramos.

D. Benig. No es mucho, pero es bastante.

Soledad. Para mí si. Yo estoy agradecida a su silencio. Si doloroso es admitir en casa a un extraño para poder vivir, ha de ser más doloroso todavía enterarle de nuestro pasado y hacerle confidente de nuestros pasares. Su silencio me evita la vergüenza de dar explicaciones y yo lo acepto como una generosidad.

D. Benig. Tengo ganas de conocer a este personaje. Me interesa. Es todo un tipo. De buena gana lo despertaba.

Soledad. ¡No, por Dios! Es arisco, algo insociable.

D. Benig. Descuide usted, doña Soledad; no turbaré su sueño. Que duerma. Y que pague.

Soledad. Así nos permitirá ir viviendo a mi hija y a mí. Vea usted a qué hemos descendido, don Benigno; tener huéspedes.

D. Benig. Que duermen.

Soledad. No es gran consuelo.

D. Benig. La vida. Esa solemnísima madrastra. Maltrató al buen don Julián, tan trabajador, tan enérgico siempre, y cuando el éxito le sonreía... En fin, no recordemos tristezas. Todo se arreglará. Tiene usted a su lado a Felicidad que siempre es una ayuda y un consuelo. Y de la misma manera que ha conseguido usted darla una educación, conseguirá sacarla adelante. Es preciso luchar heroicamente.

Soledad. Demasiado.

D. Benig. En cuanto a ese extraño personaje, ya tendré ocasión de conocerlo. En alguna de mis visitas —que ahora han de menudear, porque mis hijas no se separarán de la suya —tropezaré con él.

Soledad. Seguramente.

D. Benig. (Acercándose a la puerta de lateral derecha). Si mi mujer no me deja cojo para que no vuelva, porque esta visita se hace eterna.

Soledad. No será para tanto.

D. Benig. ¡Vaya! (Llamando). ¡Adela! ¡Asunción!

ESCENA QUINTA

Dichos, Adela, Asunción y Felicidad

Asunción (Desde dentro). Ya vamos, papá.

Adela. No te impacientes.

D. Benig. Pero hijas, que mamá se va a enfadar.

Asunción. (Saliendo). Cuando quieras. (A Soledad). Ya tiene usted a Felicita transformada. El traje no es moderno, pero le sienta bien.

Adela. Mejor que el uniforme. Esos sacos de colegio nos dan aire de bobas a las mujeres. Ahora es una señorita muy chic. ¿Verdad?

D. Benig. Mucho. Ya lo creo. Vámonos.

Asunción. La hemos puesto mi sombrero y estaba elegantísima. Tiene usted que comprarle un sombrero como este.

Felicidad. Sí, mamá: me cae muy bien.

D. Benig. A la que no la va a caer bien, ni medio bien nuestro regreso, va a ser a vuestra madre.

Asunción. ¡Ay, Jesús! Ya vamos.

Adela. Cuánta prisa. No nos dejas ni respirar. Vendremos mañana, Feli. (Besándola). Dame un beso; muchos besos por los dos años que hemos estado sin vernos.

Asunción. Y a mí. (Se besan). Saldremos juntas. Vendrás con nosotras al teatro.

Soledad. Felicidad no va a poder acompañaros como sería su deseo.

Adela. ¿Por qué?

Soledad. ¡Bien lo sabéis!

Asunción. ¡Bah! Es nuestra amiga.

Adela. Vendrás con nosotras. (Se van las tres jóvenes por el foro. Las siguen doña Soledad y don Benigno).

D. Benig. Déjelas usted que sueñen, doña Soledad; que sueñen. Son jóvenes. Luego, la vida, no merece la pena de preocuparse por ella. Hay que dejarse mecer. Hay que dejarse... (Desaparecen. Se oye un momento despedidas y besos y entra Soledad que llega hasta la puerta de lateral izquierda donde escucha un momento. Luego arregla el desorden del gabinete. Entra Felicidad.)

ESCENA SEXTA

SOLEDAD y en seguida FELICIDAD.

Soledad. ¿Te despediste?

Felicidad. Sí mamá; pero volverán mañana. Me han prometido que volverán. ¡Estoy más contenta, si vieras! (Abrazándola). ¡Muy contenta!

Soledad. (Sonriendo). ¿Porque vuelven mañana?

Felicidad. Sí, también; porque vuelven mañana, porque estoy contigo, por todo. Me da mucha alegría estar a tu lado y tener amigas y vivir en mi casa. Mira, hoy me da alegría todo.

Soledad. Sí, hoy es para nosotras un gran día (Se sienta y la hace sentar en sus rodillas). Acabas de volver del colegio después de tres años de ausencia. Es un gran día. Y sin embargo, yo quería decirte una cosa.

Felicidad. Dímela.

Soledad. Temo ahogar tu alegría.

Felicidad. ¿Tan triste es?

Soledad. Mucho, muy triste, sobre todo para ti, que hoy estás contenta y piensas en tus amigas... ¡Huy, cómo pesas! Casi no puedo tenerte. ¿Te acuerdas de lo que te dije esta mañana, cuando llegaste?

Felicidad. (Pensando). Esta mañana... ¿Qué me dijiste? ¡Fueron tantas cosas!

Soledad. Te dije; fíjate bien: «Tenemos un huésped».

Felicidad. ¡Ah, sí, sí! Me dijiste que teníamos un huésped. Me acuerdo.

Soledad. En el colegio, las buenas monjitas, te han

enseñado muchas cosas útiles y necesarias, que hacen más agradable a una mujercita como tú, llena de encantos: sabes rezar, bordar, coser, música, francés...; pero no saber, ¡pobre hija mía!, lo que quiere decir: «Tenemos un huésped».

Felicidad. ¿Es malo tener huéspedes?

Soledad. No: no es malo en el sentido que tú le das a la palabra. Quiere decir que somos pobres, que necesitamos que un hombre extraño, desconocido, nos ayude a pagar la casa...; quiere decir que tu pobre papá no tenía más capital que el de su trabajo y, que, al morir, no pudo dejarnos otro tesoro que el de su recuerdo inolvidable.

Felicidad. (Con adorable ingenuidad). Pero si el huésped es bueno... ¿Por qué lloras, mamá? ¿Es qué el huésped no es bueno? Si el huésped es malo no lo tengas; pero tú no llores... Y si es bueno...

Soledad. Buena, tú, tú... (La besa). Pero yo tengo que decirte las cosas claras, porque ya no eres ninguna niña.

Felicidad. ¡Ah, no, eso no! Ya tengo diez y siete años. Puedes decirme lo que quieras.

Soledad. Quiero decirte que tu padre murió cuando empezaba a tener fama de buen abogado, es decir, cuando estaba en camino de ganar mucho dinero, de ser rico, como el papá de Adela y Asunción, pero que desgraciadamente, al desaparecer él, tú no puedes ser como ellas. Visten con lujo y están abonadas a los teatros porque son ricas.

Felicidad. ¿Llorabas por eso? Pues no llores. La pobreza no es ningún pecado, Me lo han dicho las monjas. Cuando no pueda ir con ellas, me estoy en casa. Contigo estaré contenta siempre. Anda, ven conmigo. Voy a tocar un poco el piano para alegrarte ¿quieres oirme?

Soledad. Después, después. Ahora tengo que salir a la

calle unos minutos. He de comprar unas cosas. Como no tenemos criada...

Felicidad. ¿Te acompaño?

Soledad. No, hoy no. Entretente en el piano hasta que vuelva. Pero no metas mucho ruido. El huésped está durmiendo.

Felicidad. ¡Tan tarde!

Soledad. Sí. Se pasa la vida en la cama.

Felicidad. ¡Que raro, mamá...! (Al salir se fija en el almanaque) ¡Eh! ¡Que distraído debe ser el huésped! No se cuida de la fecha del día. Fíjate: 7 de septiembre y estamos hoy a... (Dice la fecha del día). Lo pondré bien. (Arranca hojas y las tira). Ya está.

Soledad. ¡Qué ha de estar! Si el almanaque es viejo. Fíjate: 1920.

Felicidad. (Riéndose). ¡Pues es verdad!

Soledad. Por eso no cuido yo tampoco de él... Anda, vámonos... El huésped se ha levantado: le oigo.

Felicidad. Sí... Se le oye... (Se van por el foro. Una pequeña pausa y sale Luis).

ESCENA SEPTIMA

Luis solo.

Luis. Mi señora patrona ha estado de charla en mi gabinete. El runruneo de su conversación me ha despertado. (Mira el reloj). Las cinco ¿Y qué hago yo a esta hora? Nada. No tengo nada que hacer. (Toma un libro, enciende un cigarro y se sienta con violencia en la butaca que está cerca de la puerta de su alcoba. Lee y fuma. De pronto el gabinete se llena de armonías. Alguien toca el piano. Deja de leer y escucha). Linda música... Y toca bien. ¿Pero quién toca? Mi señora patrona seguramente. ¡Qué lástima que no sea una señorita! Debían de tocar el piano las señoritas, sólo las señoritas... Y sin embargo, son unos dedos de encanto los que se mueven. (Dejando el libro). Oiré música. (Fuma con los ojos en

alto). Aunque me haga daño al corazón. (Soñador) La música es como una novia que nos quisiera comer el alma. Estas deliciosas caricias tienen así como dientecitos blancos y menudos que muerden... Pero que embriaga... (En este momento sus ojos que recorren el gabinete sin fijeza, se posan en el almanaque. Se levanta de un brinco, pálido, furioso como un loco). ¡Eh! Pero... (Y con voz que ahoga la rabia llama). ¡Señora! ¡Señoraaa! ¿No me oye? ¡Señoraaaa! (Calla el piano. Luis aporrea con los pies, el suelo. Luego va al foro). ¡¡Señoraaaa!! ¡¡Que estoy llamando!! (Entra Felicidad azorada, trémula, blanca por el miedo. Luis al verla, retrocede sin fiereza y sin gritos).

ESCENA OCTAVA

FELICIDAD y LUIS.

Felicidad. ¿Es usted el huésped?

Luis. Sí... (Ha contestado costosamente el «sí»; tal es su confusión).

Felicidad. Quien tocaba el piano era yo. Me gusta mucho. Mamá está fuera. Ha salido ahora mismo; pero no tardará. Tiene que compar unas cositas. Es que como no tenemos criada; ¿sabe usted? Papá era abogado, y al morir, no pudo dejarnos otro tesoro que el de su recuerdo inolvidable. Acaba de decírmelo mamá. Somos pobres. Transición. Él, alelado, la escucha en silencio). ¿Es que le molesta que toque el piano? ¡Como estaba usted durmiendo! Sí, claro... Pero yo no caí... ¿Me perdona?

Luis. ¿Era usted quien tocaba el piano?

Felicidad. Ya se lo he dicho.

Luis. ¡Ah, sí, era usted: me lo ha dicho...! Sí... Lo toca usted muy bien.

Felicidad. Pero usted se enfadó. En la cara que puso se lo conocí.

Luis. No me enfadé...

Felicidad. Sí que se enfadó...

Luis. (Que se va animando y se torna locuaz). Bueno, sí que me

enfadé, pero no por el piano. Lo toca usted muy bien. ¿Quién le ha enseñado?

Felicidad. Sor Mercedes, la profesora de música de mi colegio. ¡Ella sí que sabe tocarlo! Un día que estuvo allí el obispo, Sor Mercedes le hizo llorar. ¿No lo cree? A mí me dió mucha risa ver a su ilustrísima llorando. (Transición). Pero usted se enfadó porque toqué el piano.

Luis. Le juro que no fué por eso.

Felicidad. Entonces, ¿por qué?

Luis. Por otra cosa muy distinta. No se la quiero decir, porque... Porque me da vergüenza. Temo que usted se ría de mí si se la digo. Bueno, ¿me promete usted que no se reirá de mí como se rió de su ilustrísima cuando lloraba?

Felicidad. Se lo prometo.

Luis. Pues me enfadé... ¡Vaya! ¡Que me da no sé qué contárselo!

Felicidad. (Riendo). ¡Si le aseguro que escucharé muy seriecita! Es usted un huésped muy vergonzoso.

Luis. ¿Un huésped? ¡Un huésped! (Gravemente. Con seriedad cómica). Yo señorita, me llamo Luis.

Felicidad. Muy bien. Yo me llamo Felicidad. Pero usted ¿no es un huésped? Mamá me dijo que tenemos un huésped.

Luis. ¡Ah! ¿Usted es la hija de la señora?

Felicidad. Si se lo dije a usted antes. «Mamá acaba de salir y no tardará...» ¿A qué mamá iba yo a referirme? ¡A la mía! ¿No?

Luis. ¡Claro! A la suya. (Pausa).

Felicidad. Bueno, pero no se le olvide que tiene que contarme...

Luis. ¡Ah, sí! Por qué me enfadé. ¿Quiere usted sentarse?

Felicidad. (Se sienta). Ya estoy.

Luis. Pues me enfadé porque su mamá ha arrancado las hojas de ese almanaque.

Felicidad. (Se ríe). ¡Huy que gracia...! (Se pone seria). ¡Ah! Le

prometí que no me reiría. Pero conste que no ha sido mamá quien ha arrancado esas hojas He sido yo.

Luis. (Se levanta; serio). ¡Usted...!

Felicidad. Sí... ¡Pero, por Dios, no me mire usted de ese modo que me da miedo!

Luis. ¿Y por qué ha arrancado usted las hojas de ese almanaque?

Felicidad. Muy sencillo: porque quería ponerlo al día. Usted debe de ser muy distraído. ¿No? Ni siquiera se ha dado usted cuenta de que ese almanaque es viejo.... ¡Pero, por Dios, no me mire usted de ese modo!

Luis. Es que...

Felicidad. ¿Qué?

Luis. (Indeciso). Nada. No me atrevo a decírselo. Estoy seguro de que ahora se reiría de mí.

Felicidad. ¿También por eso? ¡Sí que tiene usted cosas graciosas! Cada secreto suyo es, por lo que oigo, un payaso.

Luis. No, no; eso no. Se trata de lo mismo. Es que...

Felicidad. ¿Qué? ¿Qué? Diga, hombre, que me muero de impaciencia.

Luis. Que el almanaque señalaba bien la fecha.

Felicidad. ¿Eh? (Retrocede espantada; le mira y tiembla. Parece pensar «Este hombre está loco»).

Luis. (Que adivina su temor). No crea usted que estoy loco, señorita. No estoy loco.

Felicidad. ¡Ah...!

Luis. Pero la fecha del almanaque era actual: «7 de septiembre de 1920».

Felicidad. ¿En qué quedamos?

Luis. En que el almanaque señalaba bien la fecha y en que no estoy loco.

Felicidad. (Temblando siempre). ¿Me pemite usted que vaya a abrirle la puerta a mi mamá? (Hace ademán de irse).

Luis. Su mamá no ha regresado aún... Y probablemente llevará encima la llave. Usted quiere

huir de aquí porque cree que está con un loco. Tranquilícese. De loco no tengo nada, vuelvo a repetirle, si no es mi vena... poética. Está usted con un poeta, y, por consiguiente, con un hombre extraño.

Felicidad. ¡Ah! ¿Usted es poeta? ¡A ver! ¡Dígame un verso! Me gustan mucho... Yo también los hago; pero malísimos. En el colegio me premiaron uno que dediqué a la virgen. Se lo voy a decir. Todo no, porque es muy largo y no lo recuerdo bien. Un pedazo nada más. Escuche usted:

«Virgencita dulce y buena
no se sí tengo razón
llamándote «pera en dulce»
de mi pobre corazón».

¿Le gusta a usted? No le gusta. ¡Se ríe de mí! ¡Soy muy torpe!

Luis. (Riéndose). Le diré, le diré... Eso de «pera en dulce» si que me gusta... Pero conste que el almanaque señalaba bien la fecha.

Felicidad. ¡Y dale! ¡Pues no señor!

Luis. Siete de septiembre de 1920.

Felicidad. Y hoy es... (Dice la fecha del día).

Luis. Para usted.

Felicidad. Y para todo el mundo.

Luis. Menos para mí. Para mí, señorita, no hubo ayer ni mañana desde ese día cuya fecha ha arrancado usted del almanaque. No había más que hoy, siempre «hoy». Un día único y largo, tan largo como mi vida. Siete de septiembre de 1920. Yo vivía en él, mejor dicho, dentro de él, sin querer salir nunca, y por eso el almanaque no mentía. Siete de septiembre de 1920. Día que no pasaba, día que extendia los brazos pasándolos piadosamente sobre la ruta de mi existencia.

Felicidad. Y eso ¿por qué?

Luis. ¿Quiere usted que se lo cuente, Felicidad?

Felicidad. ¿No ha olvidado mi nombre? ¿Le gusta?

Luis. Sí. Ese día, Felicidad, fuí muy dichoso. Una mujer... También era rubia, así, como usted. Parecía... ¿Qué parece usted? Una custodia de carnes de oro, adorable... ¡No se ruborice, tonta!

Felicidad. Le advierto que no soy una lela.

Luis. ¿Por qué me hace usted esa advertencia?

Felicidad. Porque como he salido hoy del colegio, donde no estuve más que entre monjas, pues... Quiero decirle que le escucho con gusto. Vamos, que no me ruborizo... Bueno, sí, que me ruborizo; pero... ¡Huy, me hago un lío...!

Luis. (Ríe). Su candor, Felicidad, es tan limpio, tan cristalino, que en él se refleja como en un espejo el alma de usted.

Felicidad. ¡Qué bonito! Yo también decía algo de eso en la poesía a la virgen. Escuche usted, pero no se ría:

«Es tu pureza un espejo
de puro y limpio cristal,
en él se miran los ángeles
y la corte celestial.

¿Ve usted? Se ríe... Pues ya no le digo más versos. Ya sé que los hago malísimamente,

Luis. (Riéndose). No sea usted tan modesta, Felicidad, y no se enfade porque me ría. Créame, la tontería no hace reir.

Felicidad. Bueno; está bien... ¿Pero qué día es hoy?

Luis. (Mira al almanaque). Hoy es el día... (Dice la fecha corriente).

Felicidad. ¡Claro que sí, hombre...! ¡Claro!

Luis. Según, según. Si usted quiere...

Felicidad. ¿Yo? ¡Pues no he de querer! Ahora cuénteme que le pasó ese día en el que usted se había encerrado con llave.

Luis. Ya se lo conté: que fuí dichoso.

Felicidad. ¿Nada más?

Luis. No es posible más. Ser dichoso lo es todo. Y yo lo fuí tanto, que ya ha visto usted mi empeño en querer eternizar aquella fecha.

Felicidad. Siete de septiembre de 1920; la recuerdo. Pero me ha dicho usted que una mujer, rubia como yo...

Luis. Sí, una mujer, rubia como usted... ¿Pero para qué vamos a hablar de una mujer ahora?

Felicidad. Lo quiero, lo quiero yo. Quiero saber que hizo esa mujer.

Luis. Esa mujer... Desapareció un día, no sé cuándo... Desapareció. Y para hacerme la ilusión de que seguía siendo feliz, me refugié en aquel día, no quise salir de aquella fecha.

Felicidad. Y ahora... ¿Ya no es usted feliz?

Luis. ¿Ahora? Ahora también... si usted quiere.

Felicidad. Yo sí, quiero que usted sea dichoso. ¿Qué he de hacer para eso?

Luis. Quererme.

Felicidad. ¿Usted es bueno?

Luis. Sí.

Felicidad. Entonces ya le quiero... Las monjas me decían que se debe querer a todo lo que es bueno. ¿Y usted me quiere a mí?

Luis. Y la adoro... La quiero y la adoro por buena, por candorosa, por dulce y por guapa.

Felicidad. Me tiene usted que decir todas esas cosas en verso ¿No es usted poeta?

Luis. Sí, pero no ... Quiero decir que sí, que soy poeta; pero que no...

Felicidad. No le entiendo.

Luis. No tiene nada de particular. Es que no sé lo que me digo.

Felicidad. (Como si recordara de pronto). ¡Ah! Ahora verá usted lo que yo hago... (Corre ágil y alegre a la pared, arranca el almanaque y lo coloca sobre la mesa. Toma la pluma moja en el tintero la punta del palillero, emborrona la cifra «20» del año y escribe encima «21». Luis sigue su trabajo sonriente y gozoso. Están tan ensimismados que no ven a la madre de Felicidad que entra por el foro cargada de paquetes. La madre observa un momento y luego habla.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y Soledad

Soledad. ¿Qué haces, hija?

Felicidad. (Muy contenta cuelga de cualquier modo el almanaque y corre a su madre y se la come a besos): ¡Ah! ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué traes? (Y al abrazarla y besarla ruedan los paquetes).

Soledad. ¡Pero niña!

Felicidad. ¡Ay! (A Luis). ¿Por qué se ríe usted? (Luis sigue riéndose). Parece usted lelo.

Soledad. (Reconviniéndola) ¡Felicidad!

Felicidad. (A Luis). Ayúdeme a recoger los paquetes. (Los recogen entre los dos).

Soledad. (Sin comprender pero sospechando algo ¿Qué estabas haciendo cuando llegué?

Felicidad. Borrando del almanaque una fecha y poniendo otra. Así está bien.

Soledad. ¿Pero a ti que te importa?

Felicidad. (Después de mirar a Luis que parece que quiere hablar y no se atreve) Sí que me importa, mamá... El huésped y yo nos queremos... (A Luis). ¿Verdad que nos queremos?

Soledad. ¡Pero hija! (Luis mira a Felicidad muy gozoso).

Felicidad. (Mirando a Luis). ¿Por qué no contesta usted? Parece usted tonto... (El se ríe). Decididamente es usted tonto... (Y se enfada un poco).

Soledad. ¡Pero esta niña...! ¡Esta niña...! (Muy asombrada mira a los dos y repite las palabras):

Luis. Señora, yo... Bueno, usted no me conoce. Para usted no soy más que un huésped. Un huésped extraño que paga religiosamente y que gruñe los saludos de rigor. Estoy un poco azarado, señora... Verá usted, señora... Su hija Felicidad, es encantadora..., seductora... y dice que me adora

Felicidad. (A Luis). Parece que estamos haciendo versos a medias... «Señora, seductora, encantadora, adora...»

Soledad. (Que ha quedado muy confusa). Pero así de repente...

En un momento... Pero si no se conocen ustedes...

Felicidad. Sí, mamá, nos conocemos... Me ha dicho cómo se llama: Luis, y lo que hace: es poeta.

Soledad. ¿Quieres callarte, hija mía? Deja hablar a don Luis.

Felicidad. Bien, que hable.

Luis. Felicidad y yo nos conocemos porque nos hemos encontrado y visto, o para expresarme más gráficamente, sorprendido, en sus momentos de honesta desnudez espiritual. Somos y seremos siempre lo que éramos hace un minuto, cuando nos contemplábamos sin las ropas que el buen sastre urbano—marido excelcnte de la simpática, pero grave doña Urbanidad—, viste nuestras condiciones para que anden por el mundo... De modo señora que nos conocemos.

Soledad. ¡Es posible!

Felicidad. Sí, sí; nos conocemos. Él es Luis.

Luis. Y tú eres Felicidad. (A Soledad) Ya ve usted como nos conocemos y nos queremos. Pero usted no me conoce y yo quiero que me conozca para que nos permita querernos. Soy poeta porque llevo en el corazón un tesoro de penas. Me pesan mucho y quiero soltarlas. Vivo despreocupado porque nada de la vida me importa nada. Tenía solo el juguete de un recuerdo; el de un día feliz. ¿Me permite usted, señora que no la diga nada más de ese día? Su hija cogió el juguete y lo tiró. Ya está roto, por fortuna mi juguete. Podría comprar otros, porque tengo dinero. Mi padre me dejó al morir una buena fortuna que no malgasté por pereza..., y porque no vale la pena; pero no me gusta ninguno de los juguetes que en la vida, como en un gran escaparate, se exhiben... Yo soy así... ¿Que le parece a usted, señora?

Soledad. ¡Sufrirá usted mucho! ¿Y madre, tiene usted?

Luis. No señora, pero la tendré. ¿Quiere usted ser mi madre?

Felicidad. (Palmoteando y brincando). ¡Eso! ¡Eso! Luis y yo nos casamos y tú serás entonces la mamá de los dos... de los dos... (Se cuelga del cuello de Soledad).

Soledad. ¡Hija! ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía...! ¡Te como a besos! ¡Te voy a comer a besos...!

CUADRO Y TELÓN

Precio: Una peseta.